

3 de febrero

BEATO JOAQUÍN DE SIENA, RELIGIOSO O.S.M.

Memoria obligatoria

Nació en Siena alrededor del año 1258. A los 13 años fue recibido en la Orden de los Siervos de María por san Felipe Benicio. Vivió en los conventos de Siena y de Arezzo dando un admirable ejemplo de devoción a la Virgen, de humildad y caridad. Su gran amor al prójimo le impulsó a pedir a Dios la gracia de padecer de por vida, en su propio cuerpo, la enfermedad de un epiléptico al que no había logrado confortar con sus palabras. Murió en el año 1305. El culto del beato Joaquín -la Misa y el Oficio - fue aprobado por el papa Pablo V en 1609.



Del Común de santos y beatos O.S.M.

Oficio de Lectura

SEGUNDA LECTURA

Del Tratado de san Cipriano, obispo y mártir, «Sobre la paciencia cristiana»

(Nn. 6-7. 13. 15: CSEL 3, pp. 401-402. 406. 407-408)

Los hermanos mantienen el vínculo de la unidad con el auxilio de la paciencia

Jesucristo, Señor y Dios nuestro, hermanos amadísimos, no enseñó el valor de la paciencia solo con palabras; lo mostró con los hechos; y él que había dicho haber venido para cumplir la voluntad del Padre, entre otras prodigiosas virtudes con que dio pruebas de su divinidad, imitó también la paciencia del Padre con su paciente conducta. Todo acto suyo, desde el mismo momento de su venida a este mundo, está caracterizado por la paciencia. Primeramente no rehúsa, al bajar de las alturas del cielo a la tierra, vestirse de cuerpo humano y, no siendo él pecador, cargar con los pecados ajenos. Soporta durante su vida la condición mortal, despojándose de la inmortalidad, para poder morir como inocente por la salvación de los culpables. Señor como es, se deja bautizar por un servidor suyo y, siendo él quien ha de otorgar el perdón, no desdeña de lavar su cuerpo con las aguas de la regeneración. Guarda ayuno durante cuarenta días él, que alimenta a los demás; siente el hambre, para que los que estaban hambrientos de doctrina y gracia se sacien del pan espiritual. Tentado por el diablo, lucha con él y, contento con haberle vencido, no trata con él más allá de las palabras. No domina a los discípulos como a siervos con el poder de un Señor, sino los trata con amor de hermano, con benignidad y suavidad, llegando hasta lavar los pies a los apóstoles, con el fin de que, siendo él tal Señor con sus servidores, aprendieran de su ejemplo a comportarse con sus iguales como compañeros.

Durante la pasión y la cruz, Cristo, antes de derramar su sangre y de padecer su cruel muerte, que oprobios no escuchó con toda paciencia, qué burlas y afrentas no toleró [...]; todo lo sufre sin cansancio hasta el fin, para que se complete en él, una perfecta y consumada paciencia.

Es saludable aviso del Señor, maestro nuestro, el siguiente: El que persevere hasta el fin, éste se salvará (*Mt* 10, 22). Y en otro lugar: Si guardaréis mi palabra, seréis verdaderos discípulos míos (*Jn* 8, 31). Hemos de soportar y perseverar, hermanos amadísimos, para que se cumpla en nosotros la esperanza de conseguir la verdad y la libertad. Somos cristianos por la fe y la esperanza, pero para lograr su fruto nos es necesaria la paciencia. Pues no vamos tras la gloria de este mundo,

sino de la futura, conforme a lo que nos advierte el apóstol Pablo cuando dice: Hemos sido salvados por la esperanza, pero ver lo que se espera ya no es esperar. ¿Cómo se podría esperar lo que se ve? Pero, si esperamos cosas que no vemos, con paciencia las debemos esperar (*Rm 8, 24-25*). La espera y la paciencia nos son necesarias para completar en nosotros lo que hemos empezado a ser y para conseguir, por la gracia de Dios, lo que creemos y esperamos. [...]

La caridad es el lazo que une a los hermanos, el cimiento de la paz, la trabazón que da firmeza a la unidad. La caridad es superior a la esperanza y a la fe, aventaja a la limosna y al martirio, quedara con nosotros para siempre en el cielo. Quítale la paciencia, y queda devastada y no dura; quítale el jugo del sufrimiento y resignación, y queda sin raíces ni vigor. En fin, cuando el Apóstol habla de la caridad, le junta el sufrimiento y la paciencia: La caridad, dice, es magnánima, es benigna, no es envidiosa, no se engríe, no se encoleriza, no piensa el mal, todo lo ama, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sufre (*ICo 13, 4. 5. 7*). Con todo esto nos indica que la caridad puede permanecer, porque puede sufrir todo. Y en otro pasaje: Soportándoos, dice, con caridad, poniendo interés en conservar la unión del espíritu con el lazo de la paz (*Ef 4, 2*). Nos enseña que no pueden conservarse ni la unidad ni la paz, si no se ayudan mutuamente los hermanos y mantienen el vínculo de la unidad con el auxilio de la paciencia.

RESPONSORIO

cf. *Col 3, 12-13*

R/. Como elegidos de Dios, * Revístanse de sentimientos de compasión, de bondad, de humildad de mansedumbre y de paciencia.

V/. Sopórtense mutuamente y perdónense cuando alguno tenga motivos de queja contra otro.

R/. Revístanse de sentimientos de compasión, de bondad, de humildad de mansedumbre y de paciencia

O bien:

De la «Leyenda» del beato Joaquín de Siena

(Nn. 1-6. 17-19 *passim*: Monumenta OSM, V, pp. 7-9.11-12)

Llevo en mi cuerpo los padecimientos de Cristo

Joaquín nació en el seno de una familia noble en la ciudad de Siena. Ya desde su infancia, cuando iba a la escuela, daba muestras de una especial devoción a la Virgen María: todo lo que podía tomar a hurtadillas de su casa, lo repartía luego entre [...] los que se lo pedían en el nombre y por amor de la Virgen. Toda planta de Dios ya desde el principio [...] da señales de su buena cepa, y así, nuestro Beato, ya desde su niñez, manifestó su gran inclinación a la virtud y dio claros indicios de que buscaba, por encima de todo, el honor de la santísima Virgen; todos le tenían casi por santo y, como si adivinaran su futuro, se decían: «Este niño, si vive, llegará a ser un gran santo».

A la edad de catorce años tuvo 'un sueño en el que vio a la Virgen, nuestra Señora, que le decía: «Hijo dulcísimo, ven a mí: sé cuán grande es el amor que me tienes, y por esto te he tomado para siempre a mi servicio». Al despertar del sueño, movido por esta visión, determino firmemente entrar en la Orden de los Siervos de María.

Por aquel entonces, en el convento de Siena resplandecía aquella luz admirable que fue el bienaventurado Felipe, superior general de la Orden, hombre de gran santidad; él recibió a Joaquín en la Orden y le pregunto qué nombre quería adoptar. El muchacho, que se llamaba Claramonte, por su ferviente devoción a la Virgen, eligió el nombre de Joaquín, padre de la Virgen María, con el propósito de estar más íntimamente unido a ella.

Así pues, habiendo ingresado en la Orden, el siervo de Dios Joaquín, se dio totalmente a la práctica de una profunda humildad: olvidándose de su noble linaje y comportando se, a pesar de su corta edad, como un hombre adulto, manifestó siempre una inclinación particular a realizar los

trabajos más humildes y despreciables. Reconfortaba a los afligidos, serbia a los enfermos y ejecutaba con sus propias manos, con gran espíritu de entrega, los menesteres que a los demás les repugnaban.

Amó con intensidad la obediencia, a la que llamaba «alimento del alma», conforme a las palabras del Salvador: Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre que está en los cielos (Jn 4, 34).

San Felipe lo mandó al convento de Arezzo, donde vivió un año entero. Sucedió que, acompañando una vez por la ciudad a fray Acquisto de Arezzo, hombre muy famoso, les sorprendió de noche un fuerte temporal y buscaron guarecerse en un hospicio. Había allí un hombre afligido por una larga y grave enfermedad. Joaquín oyó que se quejaba y le dijo: «Hermano, ten paciencia, porque esta enfermedad será para ti motivo de salvación». El enfermo le contestó: «Buen hermano, ponderar las ventajas espirituales de la enfermedad no cuesta nada, pero otra cosa es soportarla». Entonces Joaquín añadió: «Pues yo pido a Dios todopoderoso que te libre de esta enfermedad y la haga recaer sobre mí, su siervo, durante toda la vida, para que lleve continuamente la pasión de Cristo». Al instante, el enfermo se levantó de su lecho completamente curado, mientras que Joaquín contrajo allí mismo la epilepsia que lo atribuló toda la vida y el la aceptó como un martirio. Plugo al Altísimo coronarlo, además, con otra enfermedad: algunas partes de su cuerpo fueron cubiertas por llagas purulentas, una corrosión que le llegaba hasta los huesos y en la que pululaban los gusanos. Ello ocultaba en lo posible a los hermanos, pero cuando éstos se dieron cuenta les causó un profundo dolor, y le suplicaban que pidiese a Dios por su propia curación; el siervo de Dios les respondía: «Queridos hermanos, eso no me conviene, porque esta enfermedad es la expiación de mis pecados y la fortaleza de mi alma, según aquella sentencia del Apóstol: Cuando soy débil, entonces soy fuerte (2Co 12, 10).

Sabiendo por revelación divina que se acercaba el día de su muerte, pidió al Altísimo que lo llamara el mismo día en que el Salvador pasó de este mundo al Padre. Y el jueves santo, un día antes de su muerte, hallándose junto a él todos los frailes, les dijo: «Hermanos muy queridos, he estado con vosotros durante treinta y tres años, los mismos que el Señor vivió en este mundo. He recibido de vosotros innumerables atenciones, y me habéis ayudado con gran solicitud, siempre que lo he necesitado. No encuentro palabras para expresar mi agradecimiento: Jesucristo, el Señor, os recompense todo lo que habéis hecho por mí. Yo, por mi parte, mariana me separaré de vosotros. Os pido que roguéis al Señor por mí, pecador, a fin de que pueda entrar en su morada. Antes de separarme de vosotros, quiero que nos expresemos un gesto de mutua caridad». Y a continuación bebió con ellos un poco de vino.

El viernes santo, mientras se cantaba la pasión del Señor, llamó al prior y le dijo: «Reverendo padre, dentro de poco el Señor me llamara de este mundo: aunque ya ayer recibí el cuerpo del Señor con vosotros, reunid junto a mí a los hermanos y administrarme los sacramentos, porque no quiero marcharme sin veros antes». El prior no dio mucha importancia a estas palabras; no obstante, por lo que pudiera pasar, mandó llamar a cuatro frailes. Joaquín no cesaba de orar, y mientras se cantaba la pasión del Señor, a las palabras: Inclinando la cabeza, entrego el espíritu (Jn 19,30), elevando los ojos al cielo, en presencia de dichos hermanos, entregó su alma al Creador altísimo.

RESPONSORIO

cf. Is 53, 4; 1Jn 3,18

R. Siguiendo las huellas de Cristo, que soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores, * el beato Joaquín quiso padecer en su cuerpo los sufrimientos de un epiléptico.

V/. Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras.

R/. El beato Joaquín quiso padecer en su cuerpo los sufrimientos de un epiléptico.

O bien:

Pues cuando soy débil, entonces soy fuerte

Joaquín nació en Siena el año 1262. En la pila bautismal recibió el nombre de Claramonte. Desde pequeño dio muestras de una tierna devoción a la Madre de Cristo, por cuyo amor, a los catorce años, pidió que se le concediera vestir el hábito de los frailes Siervos de santa María. Recibido en la Orden por san Felipe Benicio, en aquella época prior general, fue asignado al convento de Siena, que florece por la observancia de los religiosos y la eminente santidad de algunos frailes: allí vivían, en efecto, el beato Francisco de Siena y san Peregrino Laziosi.

Claramonte, por reverencia a la bienaventurada Virgen, quiso adoptar el nombre de Joaquín, padre de nuestra Señora. En él brillaron constantemente las virtudes características de los Siervos: la humildad, la obediencia y la caridad; perfecta los servicios más humildes; tenía en tanto aprecio la obediencia, que la llamaba «alimento del alma»; ejercitaba la caridad con todos los hermanos, en particular con los enfermos.

El enardecido amor del Beato hacia el prójimo se puso de manifiesto de manera admirable cuando, en Arezzo, a cuyo convento había sido enviado por san Felipe, pidió y alcanzó del Señor la gracia de llevar en su cuerpo, durante toda la vida, la enfermedad de un hombre epiléptico, en cuyo ánimo no había logrado infundir la virtud de la paciencia.

El autor de la antigua Leyenda del beato Joaquín, cuando describe al piadoso hermano - entregado a la oración, dado a la contemplación, de carácter humilde y afable, amantísimo de todas las creaturas, incansable en la ayuda a los demás -, lo hace con estas palabras:

«Tuvo un grado tan alto de contemplación que, a veces, tenía los ojos fijos en el cielo y, como si ya viviera en el paraíso, no vela a los que estaban a su alrededor y, si lo llamaban, ni se enteraba. Los pájaros le obedecían y se dejaban agarrar por sus manos. Él los soltaba al instante, y colmaba de alabanzas al Creador de todas las cosas. [...] Nadie lo vio nunca ocioso». Estas palabras, aunque contienen algunos lugares comunes y adornos propios del género hagiográfico, parece, sin embargo, que trazan el verdadero retrato de Joaquín.

El jueves santo del año 1305, después de haber servido humildemente a sus hermanos durante treinta y tres años, anunció que moriría al día siguiente y, deseando dar a sus compañeros un último testimonio de caridad fraterna, bebió con ellos un vaso de vino. El viernes santo quiso recibir los últimos sacramentos - y como narra el autor de la Leyenda -, mientras se cantaba el relato de la pasión del Señor, a las palabras: Inclinando la cabeza, entrego el espíritu (*Jn 19,30*), Joaquín expiró en el Señor.

El cuerpo del beato Joaquín se conserva en la basílica de san Clemente en Siena; su sepulcro es muy visitado por los fieles y existe aun la costumbre de llevar a los niños recién nacidos al altar del Beato para encomendarlos a su protección. En 1609, el papa Pablo V concedió a nuestra Orden el oficio y la misa propios del beato Joaquín.

RESPONSORIO

cf. 2Co 4,10-11

R/. Llevamos siempre y por todas partes la muerte de Jesús en nuestro cuerpo, * Para que también en este mismo cuerpo se manifiesta la vida de Jesús.

V/. Nuestra vida es un continuo estar expuestos a la muerte por causa de Jesús

R/. Para que también en este mismo cuerpo se manifiesta la vida de Jesús.

La oración conclusiva como en Laudes.

Laudes

Benedictus, ant.

Muy a gusto presumo de mis debilidades,
porque así residirá en mí la fuerza de Cristo.

ORACIÓN

Dios nuestro, que enseñaste al beato Joaquín, fiel seguidor de tu Hijo y de su humilde Madre, a servir con delicadeza a sus hermanos y aún a tomar sobre sí sus enfermedades, concédenos, por su intercesión, aprender a soportar nuestras penas y a compartir los sufrimientos de los demás.
Por nuestro Señor Jesucristo.

Vísperas

Magnificat, ant.

Estoy contento en las debilidades, ultrajes e infortunios,
persecuciones y angustias por Cristo;
pues cuando soy débil, entonces soy fuerte.

La oración conclusiva como en Laudes.